

# SECCIÓN 2 | Diferencias y desigualdades en la educación superior: lo que mostró la pandemia

## *Relatos de una experiencia situada: educación, virtualidad y pandemia*

Eugenia Braun  
Bianca Converso  
Lucila Gómez Vázquez

Estudiantes de Ciencias Antropológicas (FFyL, UBA)

[euge.braun14@gmail.com](mailto:euge.braun14@gmail.com)

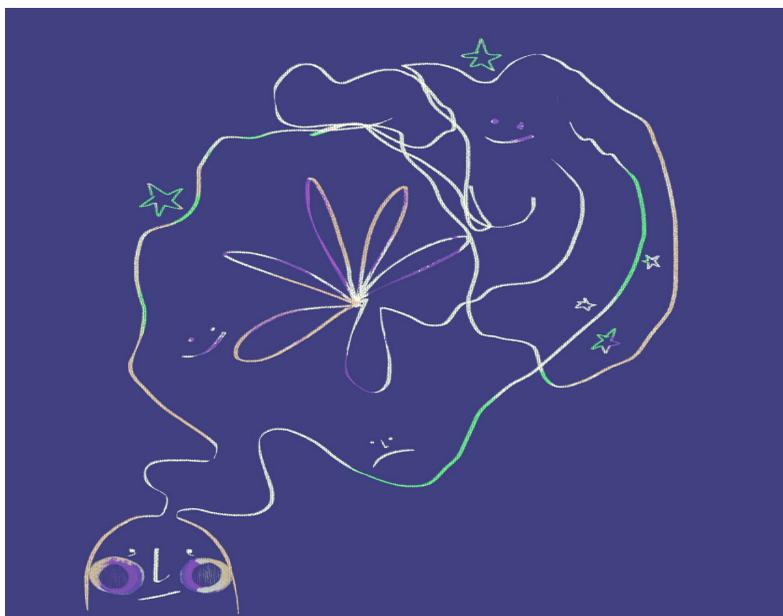
[biancaconverso2@gmail.com](mailto:biancaconverso2@gmail.com)

[gomezvazquezlucila@gmail.com](mailto:gomezvazquezlucila@gmail.com)

Paloma D'Urbano  
(Ilustraciones)

Estudiante de Diseño Gráfico (FADU, UBA)

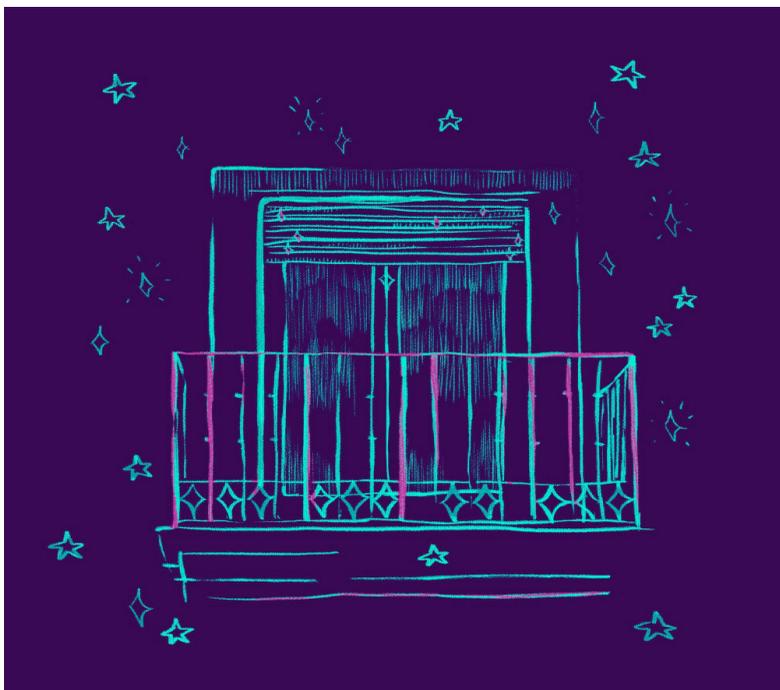
[paloma.durbano@gmail.com](mailto:paloma.durbano@gmail.com)



### **Introducción**

Este contexto nos propone revisar aquellas formas y concepciones naturalizadas que tenemos sobre el conocimiento y los modos de acercarnos a él. No obstante, la inesperada reconfiguración de nuestros hogares como espacios escolares o laborales, nos enmarca en nuevos rituales en pos de fa-

miliarizarnos con una *nueva normalidad* que sacudió nuestro día a día. Sobre todo, nos sentimos invadidos por una atención dispersa, caracterizada por un acelerado cambio de foco entre diferentes tareas, fuentes de información y procesos. Nuestra escasa tolerancia al hastío no admite el aburrimiento profundo, ni tampoco la relajación. Ante todo esto, ¿no nos sentimos entonces, regresando al embarcadero de la *La jetée* (1962), en donde un viajero atraviesa el tejido del Tiempo con la intención de recuperar un instante del pasado, un fragmento de su memoria, congelado en una fotografía? Pensamos en todas estas cuestiones mientras atravesamos la incertidumbre y la complejidad de adaptarnos a nuevos mecanismos educacionales. De tal manera, ¿volveremos al supuesto de “normalidad” en el marco educativo? ¿O estaremos transitando un punto de inflexión para la educación? ¿Qué implicancias tiene esta *nueva trayectoria* sobre nuestra formación académica? Es evidente que no hay remedios para la incertidumbre. No hay respuestas claras ni exclamaciones verdaderas. Solo nos queda comprender que el estado de cuarentena nos afecta a todos, aunque no de la misma forma. Compartimos un mismo contexto, pero nos atraviesan diferentes condiciones. En estas circunstancias, propias de vivencias particulares, retratamos el aislamiento social desde diversas perspectivas y espacialidades.



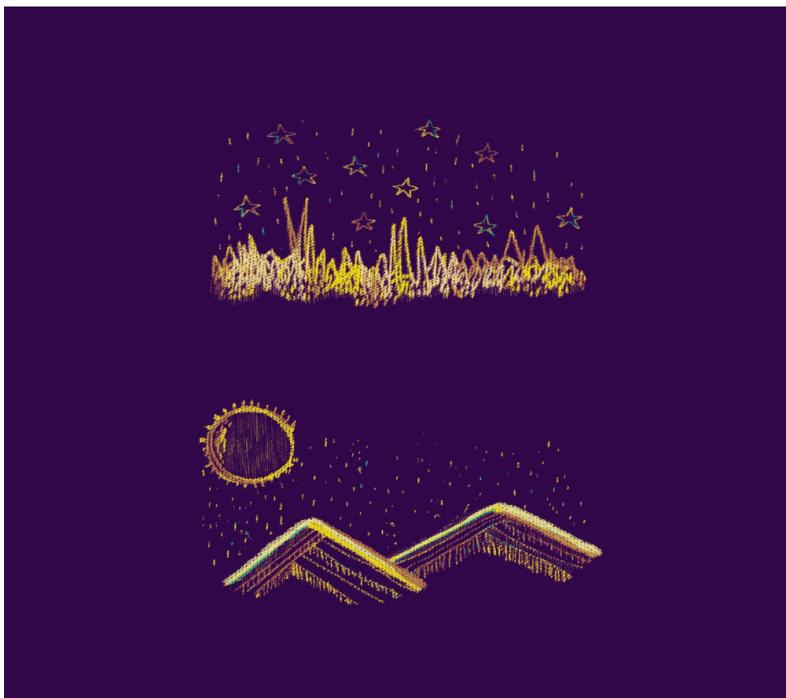
## **Un balcón propio: Ciudad Autónoma de Buenos Aires**

A través de las rejas del balcón, me asomo hacia una realidad inexistente, oblicua y amorfa. Un día despertaré, con el sol de la mañana en la mejilla, la cuarentena habrá por fin terminado y no sé qué es lo que recordaré. Tal vez, la inocencia con la que viví los días previos. La ingenuidad de pensar, en lo pasajero de los acontecimientos, que me repetí incesantemente, con la ceguera de no poder prever lo que estaba por venir. Que las dos semanas de confinamiento, serían el inicio de un largo y duro proceso. Extraño la ciudad en la que vivo.

No hay diferencia de días, a fin de cuentas, para mí siempre es lunes o domingo. "La única diferencia es una cuestión de momentos. Si el tiempo no existiera, seríamos todos iguales o, al menos, estaríamos en la misma situación" (Katchadjian, 2014: 111). ¿Pero ahora que las horas no corren detrás de mis tobillos, que no me apresura el oleaje de las prácticas, el único abismo es una cuestión de tiempo? Pienso en todas estas cosas mientras observo la ciudad, tan vacía, que se va nublando a mi paso. Acá, en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires, se asoman los riesgos de vivir en una ciudad densa. Sobre todo, encontrarme habitando el barrio de Balvanera en medio de una pandemia, es un tanto desolador. De día, las calles brotando de gentío, las colas de autos esperando la verde señal, las largas filas, los gritos, y algunas peleas habituales sobre el eco de los locales vacíos en las avenidas. De noche, Corrientes y Pueyrredón, se convierte en un campo de llanuras anchas. En donde solo hay silencio, ¿será que solo se escucha la nada? Ni el viento oigo. No hay autos, no hay sirenas, no hay pisadas, no hay ruidos de ascensor. Es ahí, cuando, estas cuadras que nunca durmieron, efectivamente hoy, duermen.

Quizás, lo más difícil de estar aquí sea la nula realidad de sus espacios verdes, la gran cohabitación de gente en todas sus dimensiones y lo reducido de las viviendas. La imposibilidad real de salir, mirar más allá de los edificios y, sobre todo, de respirar. Descubrí, tal vez por azar, un domingo frío, que las paredes de mi departamento se van acotando. Y que, sin que lo elija, me voy integrando y fusionando con estos muros que, a lo mejor, ya dejaron de ser paredes y que ahora, me invaden el cuerpo. El padecimiento corporal, de no estar realmente cerca de los que quiero. Es encontrarse tan lejanamente cerca, con la problemática hasta los tobillos, con una cercanía que no existe. Extraño a la gente de mi ciudad.

Lo que recordaré es ese día en que volvía a caminar, sin rumbo exacto, hacia el correo, solo para tomar aire, pero con miedo.



## **Un encierro en el exterior: San José del Pacífico, México**

Me despierto y automáticamente pienso en dónde estoy: México. A 7.056 kilómetros de distancia de mi casa, familia y amigos. En esta situación de extrañeza agarro el celular y lo primero que observo es una noticia en la que se mencionan nuevos casos confirmados de COVID-19. ¿Quién iba a pensar que en medio de un intercambio académico me iba a topar con una pandemia mundial? Tantas expectativas depositadas en un viaje de estudios que se desvanecieron en el tiempo junto con el ideal de un 2020 fructífero.

La coyuntura actual nos invita a una nueva travesía: aventurarnos a pasar más tiempo con nosotros mismos. Un desafío arduo y al que siempre escapamos, una odisea introspectiva. ¿Será este el verdadero viaje? También puede interpretarse como un reto, ese que estamos forzados a cumplir dado el confinamiento obligatorio. Aunque, ¿obligatorio para quién? Es en este aspecto en el que podemos detenernos y replantearnos acerca de las diversas formas de enfrentar la situación actual de encierro. Este nos afecta de forma diferente, tanto emocional, económica como espacialmente.

## *Relatos de una experiencia situada: educación, virtualidad y pandemia*

Los sedimentos sólidos de nuestra vida cotidiana fueron sacudidos a causa del aislamiento social, preventivo y obligatorio. En este sentido, me considero una afortunada, como quien gana la lotería. Si bien las expectativas académicas de este viaje quedaron en el olvido, la magia de la sierra oaxaqueña en la que me encuentro actualmente me hace pensar que todo tiene su recompensa. La pandemia y, como consecuencia, la cuarentena afectó todos los planes que tenía, ya no podré terminar de recorrer el Museo de Antropología con sus más de 24 salas, ubicado en el hermoso predio de Chapultepec, tampoco ir a visitar la casa de Frida Kahlo en Coyoacán y ni hablar de las calles del Zócalo en las cuales se podía apreciar el híbrido de las construcciones coloniales y los edificios actuales. Ciudad de México quedó muy atrás, así como el surgimiento de la pandemia. Ahora me rodeo de bosques y de verde. De atardeceres en donde el sol se esconde detrás de la montaña. También de frío, de viento y de lluvia. Disfruto del solcito de la mañana mientras me tomo un mate y observo el pueblo de San José del Pacífico que me acoge en su inmensidad. Estoy cumpliendo con el aislamiento, pero, ¿y el encierro? En cierto punto también, dado que no puedo recorrer todo México como deseé en un principio. Aunque me pregunto, ¿eso importa en este momento? Definitivamente no.

Las expectativas académicas con las que partí desde la Argentina se esfumaron junto con el ideal de un intercambio de estudios. Aun así y pese a la situación de aislamiento que nos impone la coyuntura actual, la estadía en México se presenta como una nueva forma de experimentar(me).



## **Un mundo extraño a través de la ventana: Conurbano Sur**

Hace frío. Sentada al sol en una silla de madera viendo el jardín desde mi ventana, pienso en que cuando todo esto empezó me quejaba de la vuelta a Buenos Aires y de su humedad. Hacía calor. Ahora, hace frío. El tiempo pasa, pero ya no son las horas, las semanas y los meses los que dan cuenta de esto; sino la luz del día, las estaciones y sus temperaturas. La vorágine virtual en la que ya nos encontrábamos —pero que ahora es casi la única manera de relacionarnos con el mundo exterior— desdibuja aquellos límites temporales que organizaban nuestra cotidianeidad y nos plantea un tiempo nuevo ya no medido por relojes y calendarios.

El comienzo de este tipo de vida nos es solo un recuerdo. De a poco, acompañados por el sentimiento melancólico que nos despierta aquel pasado y su “normalidad”, comenzamos a acostumbrarnos incómodamente a nuestro contexto. El hoy nos propone —a algunos de nosotros— una vida moviéndonos entre cables, cargando baterías, mirando cámaras vacías, hablándoles a cuadros negros y escuchando voces entrecortadas. Las pantallas nos apabullan. Al mismo tiempo, nos sentimos privilegiados. Desde aquel día de marzo, en el que escuchamos el comunicado oficial y el pedido de quedarnos en nuestras casas, se nos propuso un nuevo modo de comportarnos y existir.

¿Quiénes y cómo existimos ahora? Caminar por las calles, viajar en colectivos, subtes, andar en bicicleta, ir a cursar, salir a tomar algo a un bar, nos era una forma de existir en un espacio y tiempo y de percibir —mediante todos nuestros sentidos— lo ajeno. Añoramos esos días. Mirar a los ojos a alguien desconocido nos colocaba en una situación incómoda que preferíamos no transitar. Hoy, de alguna forma, extrañamos eso. Para algunos, el abrazo, el tacto, las miradas, los sonidos, el sentimiento de que uno es ajeno a un otro, nos es casi necesario. Las máscaras, los tapabocas, el distanciamiento social y el apuro por volver a casa —una vez que nos fue casi necesario salir de ella— no nos permite detenernos siquiera en aquel microsegundo en el que dos miradas se cruzan casualmente.

La sociabilización de nuestros cuerpos es lo que más nos hace falta. Los rituales de acercamiento han cambiado y me pregunto ¿cómo nos aproximaremos luego de esto? ¿Cómo compartiremos diversos espacios

y cómo nos organizaremos en aquella espacialidad? Nos espera un gran camino, centímetro a centímetro, entre nuestros cuerpos.

## **Conclusiones**

El aislamiento no solo desafía la propia estabilidad emocional, sino que también impone nuevas lógicas a la hora de relacionarnos. Todo está intermediado por la virtualidad. Este nuevo modo de vida nos exige estar siempre conectados, disponibles para comunicarnos y con la capacidad de realizar múltiples tareas a la vez. Es decir, estar *on line* desde el momento en el que nos levantamos hasta minutos antes de dormir. Este entorno tecnocultural, en el cual nuestras cotidianidades se sumergen desde hace años, vio su esplendor en la coyuntura mundial de pandemia. ¿Será que estaremos a un paso de convertirnos en esos seres postorgánicos de los cuales nos habla Sibilia (2005)? ¿Serán estos los nuevos modos del *ser*? Si fuese así, ¿qué sucede con quienes no fueran capaces de insertarse en esta nueva realidad? Los requisitos para *ser parte* son: poseer una red wifi (o un buen plan de datos móviles) y un dispositivo que cuente con internet. Las desigualdades, que siempre existieron, cada vez se acentúan más. El “acceso a” se presenta como un privilegio y no como un derecho. El acceso a una computadora, a un celular y a la web nuevamente se presentan como una necesidad en la vida de las personas. Otra vez, nos topamos con la lógica de consumo y de pertenencia. Quienes no consumen quedan fuera del sistema. Este contexto nos invita a repensar estas desigualdades y, específicamente, a reconsiderar las asimetrías que se perciben en las instancias de aprendizaje.

La coyuntura actual se advierte como una revolución tecnológica, la manera en que nos relacionamos con la matrix repercute consecuentemente en los sentidos. Estamos experimentando modalidades de aprendizaje efectuadas en entornos virtuales. Aún cuando el discurso del sistema educativo se sustenta en el supuesto de la presencialidad y la apropiación del conocimiento está mediada por el *estar ahí*, se nos plantea la posibilidad de reelaborarlo recurriendo a las herramientas de la virtualidad.

Así es como, con la *educación a distancia*, las formas de concebir el conocimiento y los modos de acercar los contenidos a los estudiantes están sujetos a una nueva percepción. Si bien nos resistimos, aún conservamos toda la carga ritual de los espacios presenciados. Participamos y nos apropiamos de las clases, invadimos con dudas, consultas y preguntas. Terminamos involucrados en la trama, pese a las realidades particulares que atraviesa cada uno.

Sucede entonces que nuestros recorridos formativos están caracterizados por una marcada diferencia con respecto al acceso educativo. Al día de la fecha, nuestras pertenencias a determinado entramado sociológico nos encaminan a diferentes trayectorias y, por lo tanto, a diferentes realidades. ¿Estas nuevas realidades vinieron para quedarse? ¿Qué puede pensarse sobre el futuro cuando solo tenemos un diagnóstico nebuloso? Como bien mencionamos en el inicio, no hay respuestas correctas ni afirmaciones certeras. Solo nos queda pensar en que compartimos un mismo contexto pandémico mundial, aun cuando nos encontramos inmersos en horizontes disímiles.

## **Bibliografía**

Byung-Chul Han (2017). *La sociedad del cansancio*. Barcelona, Herder.

Katchadjian, P. (2014). El caballo y el gaucho: seis relatos. *Letras libres*, (158): 110-113.

Sibilia, P. (2005). *El hombre postorgánico: Cuerpo, subjetividad y tecnologías digitales*. Buenos Aires, FCE.

## **Filmografía**

Marker, C. (1962). *La Jetée* (mediometraje). Francia.